

# CUADERNOS DE HISTORIA 16

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1996



## ÉLITES CHILENAS DEL SIGLO XIX. HISTORIOGRAFÍA<sup>1</sup>

*Rafael Sagredo Baeza*  
Universidad Católica de Chile  
Biblioteca Nacional de Chile

**E**l texto que presentamos tiene como propósito fundamental ilustrar respecto de la historiografía existente sobre las élites chilenas del siglo XIX e identificar algunos de los problemas y desafíos que el tema plantea a los estudiosos de la historia de Chile.

En lo que podríamos llamar un «estado de la cuestión», realizamos un balance de lo planteado por la historiografía existente y advertimos sobre algunos aspectos del problema que aún no han sido abordados por ésta. Así, esperamos facilitar y alentar el trabajo de los investigadores que se interesan por el pasado nacional en general, y por la participación de las élites en él en particular.

Para este texto, consideramos la historiografía nacional como la extranjera editadas bajo la forma de libros o artículos en revistas científicas. Ocasional-

<sup>1</sup> Este texto forma parte del trabajo *Élites chilenas del siglo XIX. Historiografía y fuentes*, presentado en el encuentro de estudio *Le Elites dell'Ottocento in Italia e in America Latina: percorsi storiografici a confronto*, celebrado en Roma en mayo de 1995 y organizado por la Terza Università degli Studi di Roma y el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile. La investigación fue posible gracias al proyecto FONDECYT núm. 1930587.

mente, mencionamos alguna tesis doctoral aún inédita en virtud de la importancia que tiene en función del tema que nos ocupa.

Por otra parte, es preciso mencionar que el concepto de élite<sup>1</sup> entendemos asociado a una minoría selecta con ascendiente sobre el resto de la sociedad en el área en que se desempeña como tal. Esto implica que en cada sociedad no existe una única élite que abarque todos los campos de acción existentes en su interior, y que, por el contrario, en ella conviven numerosas minorías especializadas que cumplen el papel de rectoras -de autoridad- en sus respectivos ámbitos de actuación.

Sin embargo, no todas las minorías tienen el mismo peso social. Uno de los elementos que diferencia a las élites, además de sus distintas capacidades y talentos, es el grado de influencia y poder que poseen, reflejo a su vez de la importancia social de la actividad que desempeñan. Esta diferenciación es importante pues son las llamadas «élites dirigentes» o «élites en el poder», las que más frecuentemente han llamado la atención de los estudiosos debido a que su actuación y comportamiento tiene mayor impacto sobre la sociedad.

El tema de las élites no es ajeno a los trabajos históricos sobre Chile<sup>2</sup>. En términos amplios, podemos considerar que la mayor parte de la historiografía chilena aborda casi exclusivamente la evolución histórica de las mismas. En efecto, si consideramos como élite a la minoría rectora, aquella que se mantiene apartada del resto de la sociedad por su autoridad y mérito, cuyos miembros han ejercido los papeles dirigentes personificando los símbolos de la vida en común y los valores de la sociedad, se puede concluir que para la mayor parte de los estudiosos del pasado nacional, los protagonistas de la evolución histórica han sido las élites.

Lo señalado no debe sorprendernos si consideramos la importancia y el peso que tuvo, y tiene aún hoy la historiografía tradicional entre los estudiosos de la historia nacional. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno, es lo que ha caracterizado las investigaciones sobre el pasado nacional y ha transformado la historia de Chile en la historia de las élites, de las élites capitalinas<sup>3</sup>. Ha contribuido también el hecho de que, hasta bien entrado el presente siglo, la mayor parte de

<sup>2</sup> No existe ningún balance historiográfico sobre el tema que nos ocupa. Para Latinoamérica en general, y relacionado con las familias «notables», imprescindible es el texto de Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Wortman, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina* (México, 1990), en el que también se hace alusión a los textos sobre Chile. Advertimos que sólo cuando la publicación a que hacemos referencia no haya sido editada en Santiago de Chile se indicará el lugar de edición.

<sup>3</sup> Julio César Jobet en su *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (1951), es particularmente crítico de esta característica de la historiografía chilena. Por su parte Sergio Villalobos R., en la introducción de su obra *Historia del pueblo chileno* (1981), también se refiere a ella y a las concepciones históricas de sus primeros cultores. Naturalmente no pretendemos señalar que toda historia de élites es tradicional, pero sí que la historia tradicional es fundamentalmente historia de élites.

los cultores de la historia nacional fueron, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado la élite chilena. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social, su ideología política o los desafíos existentes en la sociedad a la que pertenecieron y también, porque en su época, la historia, la historia verdadera, era la de los grupos en el poder.

Lo anterior implica afirmar que los enfoques y temáticas que utiliza y aborda el historiador, necesariamente se relacionan con la sociedad en la que éste se desempeña como tal y con la evolución de la ciencia histórica. De esta forma, si como la propia historiografía ha demostrado, fue la élite la que dominó los destinos del país durante todo el siglo XIX, justo en una época en que la historia como oficio se identificaba con el pasado de éstas, no debe llamarnos la atención que en los estudios de nuestra historia se confunda el pasado nacional con el desenvolvimiento de las élites.

## I

La historiografía que se ocupa de las élites chilenas en el poder es numerosa y variada y está formada por una multitud de obras respecto de los cuales sería imposible dar cuenta exhaustiva en un ensayo como éste. Por lo mismo, nos limitaremos a señalar aquellos que, en nuestra opinión, se han constituido en textos significativos sobre la materia, sea por sus aportes o por su novedad, clasificándolos según la época en que fueron elaborados. Ello porque en nuestra opinión, el «momento», el «entorno» y las «condiciones» en que se sitúa, se encuentra y actúa el estudioso, resultan fundamentales para entender su concepción de élite y los problemas que sobre ella se plantea.

Como es obvio, los primeros que abordaron la trayectoria de las élites fueron los estudiosos decimonónicos y, entre ellos, una parte importante corresponde a la producción de los llamados historiadores clásicos. Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, escribieron numerosos libros en los que abordaron el siglo XIX chileno o la trayectoria de algún personaje del mismo. Algunas de sus obras, todas ellas escritas con el método y estilo característico de la historiografía de su época, ofrecen una detallada cuenta de las vicisitudes políticas experimentadas por el país y por sus protagonistas. En ocasiones, proporcionan información que va más allá de lo político y que permiten formarse una idea de la mentalidad, intereses y costumbres de los grupos dominantes. Los textos de estos autores son bien conocidos y profusamente citados por la historiografía posterior, de ahí que sólo mencionemos los que nos parecen esenciales en función del tema tratado.

Obras como los *Precursores de la independencia de Chile* (1870-1872) y la *Dictadura de O'Higgins* (1853) de Miguel Luis Amunátegui, la *Historia Jeneral de Chile* (1884-1902) y *Un decenio de la historia de Chile* (1905-1906) de Barros Arana; el *O'Higgins*, el Portales y los estudios sobre la edad del

cobre, del oro y de la plata, de Vicuña Mackenna, constituyen trabajos muy informativos sobre el comportamiento político de los grupos dominantes y de algunas de sus principales actividades económicas en el siglo XIX<sup>4</sup>.

En estos estudios, y salvo las excepciones que correspondan, se hallará la crónica, lisa y llana, de los gobiernos y los conflictos políticos acaecidos en el Chile de la primera mitad del siglo, sin ninguna pretensión interpretativa, ajena al planteamiento de problemas relacionados con el desenvolvimiento de los grupos que los protagonizaron. Para estos historiadores, las élites equivalen a los «personajes políticos», principalmente los gobernantes y las autoridades, y sólo las diferencian entre sí por las distintas posiciones políticas e ideológicas que éstas asumen<sup>5</sup>.

En todo caso, en los textos señalados, no existe el propósito de historiar a las élites nacionales. Si finalmente así resulta es porque su trayectoria constituye lo histórico para sus autores. En razón de lo anterior, ninguno se planteó la necesidad de definir su objeto de estudio o de caracterizarlo, todos partieron del supuesto de que, las que hoy llamaríamos élites políticas y sociales, eran las conformadas por quienes luchaban y actuaban en función del poder político, sin perjuicio de que también poseían el poder económico y el prestigio social.

Una concepción muy similar se advierte en textos como el de Justo y Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes de 1870* (1910); la *Historia de la Guerra del Pacífico* (1955) de Gonzalo Bulnes; el de Ricardo Salas Edwards, *Balmaceda y el parlamentarismo en Chile* (1916) y la *Historia de Chile bajo el gobierno del General d. Joaquín Prieto* (1900) de Ramón Sotomayor Valdés.

Si bien entre los autores de las obras mencionadas no existe uniformidad en cuanto a su ideología política, lo cierto es que todos ellos, por su método positivista y su preocupación esencial por los acontecimientos políticos y gubernativos, son continuadores de la tradición clásica iniciada en la segunda mitad del pasado siglo. Aunque escriben sus obras en el período del cambio de siglo, es decir, en una época de cuestionamientos al predominio de los sectores tradicionales, lo cierto es que ninguno de los mencionados recoge en sus trabajos la evolución experimentada por la sociedad en general y por las élites en particular. De esta forma, en sus obras las élites continúan asociadas a los sectores gubernativos.

En dicho contexto, una de las pocas obras de la época que escapó a esta concepción de élite, como ente eminentemente político, es la de Domingo

<sup>4</sup> Los títulos de los textos de Vicuña Mackenna son: *Vida de O'Higgins* (1882), *Don Diego Portales* (1863), *La edad del oro en Chile* (1881), *El libro de la plata* (1882) y *El libro del cobre y del carbón piedra en Chile* (1883).

<sup>5</sup> Una concepción similar se observa en otras importantes obras del período, la de Federico Errázuriz, *Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828* (1860) y la de Isidoro Errázuriz, *Historia de la administración Errázuriz. Precedida de una introducción que contiene la reseña del movimiento y la lucha de los partidos desde 1823 hasta 1871* (1877).

Amunátegui Solar, *Mayorazgos i títulos de Castilla* (1901-1904). En ella su autor sigue la línea de cada uno de los linajes que poseyeron bienes vinculados por el mayorazgo durante la Colonia, describiendo los orígenes de las grandes familias, en realidad de los grupos dominantes, esta vez concebidos en función de su poder económico y social y por ello también llamados aristócratas.

## II

En virtud de lo señalado, la obra de Alberto Edwards, *La fronda aristocrática* (1928) constituye un hito en el estudio de las minorías chilenas dominantes. La novedad del texto no se encuentra en el abandono de la concepción tradicional de la historia, ni tampoco en que se haya superado la confusión entre historia de las élites e historia nacional. El mérito del ensayo está en el hecho de abordar el estudio de las élites chilenas como conjunto, caracterizándolas en los que él piensa son sus rasgos esenciales. Así, abandona la crónica, la narración de los hechos políticos y la acción de los personajes, y se concentra en el comportamiento colectivo, en los intereses y en la mentalidad política del sector aristocrático<sup>6</sup>.

Por otra parte, el citado autor traza la evolución de los grupos dominantes, siendo uno de los primeros en distinguir las transformaciones operadas en la aristocracia a lo largo del siglo XIX -específicamente su devenir en oligarquía-, cuestionando así la uniformidad social y económica de la misma que se desprende de la lectura de las obras que habían precedido a la suya.

El texto de Alberto Edwards, debe comprenderse como una reacción a las nuevas tendencias sociales, políticas y culturales que se imponían en el país y que habían significado el desplazamiento del poder de los sectores aristocráticos. En este contexto, la evidencia de la pérdida del poder político a manos de la clase media lleva a Edwards a ensayar una interpretación de la evolución histórica de la aristocracia, identificando los elementos que le eran propios, para señalar que, precisamente, había sido la desaparición de los mismos lo que explicaba su reemplazo como sector político predominante.

A nuestro autor le preocupó el papel de la aristocracia y de sus prohombres en la evolución de la república. Sin embargo, a diferencia de otros, no se contentó con la crónica de su actuación política, fue más allá y penetró en sus características esenciales, en su espíritu, su alma, su ética y su mentalidad, todas las cuales confundió con las de la nación. Angustiado por lo que consideró la desaparición de la honradez, el patriotismo, la sobriedad, la prudencia y el espíritu de empresa que habían caracterizado a la aristocra-

<sup>6</sup> Según algunos estudiosos de la obra de Edwards, *La fronda aristocrática* constituye la versión definitiva de concepciones antes sólo esbozadas en el *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* (1903) y en *La organización política de Chile* (1943). Véase Mario Góngora, prólogo a la última edición de *La fronda aristocrática* (1982).

cia, no sólo distinguió su evolución interna, sino también su desmoronamiento y con éste la decadencia del país.

La importancia de lo señalado radica en que Edwards es el primero en señalar, explícitamente, la coincidencia entre el predominio de la aristocracia y el buen gobierno, la estabilidad, el orden y el progreso del Chile decimonónico; el Estado «en forma» como lo llamó. Así, si hasta 1927 la historia del país se confundía con la de los sectores dominantes, como por lo demás continuaría ocurriendo, ahora, a partir de Edwards, no sólo se confirmaba esa simbiosis, si no que, además, la misma adquiría una connotación positiva.

En este sentido, cabe preguntarse si acaso *La fronda aristocrática* no es la que da el tono a obras posteriores en las que, junto con tratar de conocer y comprender el pasado nacional, sus autores han valorado, reivindicado o condenado el papel de determinados sectores de la sociedad en la historia nacional. Ello es significativo, tratándose de una historiografía tan mediatizada como la chilena, en un país en que a lo largo del presente siglo, y alternativa y sucesivamente, las clases altas, las medias y las bajas han desempeñado el papel de «malos» en la sociedad y por tanto también en la historia.

Aún cuando lo señalado no tiene nada de particular y probablemente se repite en otras latitudes, no se puede desconocer que en el caso particular de la historia nacional, ha perjudicado un mejor conocimiento y comprensión de la misma y por tanto de los grupos que la componen, entre ellos las élites.

Volviendo a la historiografía, la obra de Francisco Antonio Encina es muy similar a la de Edwards en cuanto a sus concepciones sobre la aristocracia nacional y su papel en la vida republicana del país. Encina continúa con la tradición clásica. Además de realizar una detallada descripción de los sucesos políticos y militares -en sus obras normalmente protagonizados por las élites-, también los interpreta, aportando elementos propios del desenvolvimiento económico, social y cultural, a los cuales presta mayor atención que sus antecesores en el oficio. Es en su texto fundamental en 20 volúmenes, la *Historia de Chile* (1940-1952), en el que las características señaladas se presentan con mayor claridad.

Desde el punto de vista que nos ocupa en este ensayo, la obra de Encina representa un antecedente significativo, aunque muy controvertido. Su caracterización de las élites chilenas, bajo el rótulo de «aristocracia castellano-vasca», ha calado hondamente en la mentalidad colectiva nacional e incluso, los más duros impugnadores de su texto, la han utilizado alguna vez<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Las principales críticas que se le hacen a la obra de Encina dicen relación con las teorías que la orientan, básicamente, el racismo y el sicologismo derivado de éste, totalmente descartados por la antropología y la sociología. Véanse: Julio César Jobet, *Notas sobre los estudios históricos en Chile*, en *Trabajos y Comunicaciones* (Mar del Plata, 1970) y Sergio Villalobos R., «Introducción para una nueva historia» en *Historia del pueblo chileno* (1981).

Sin embargo, no debemos olvidar que Encina no percibió claramente las diferencias económicas, sociales e intelectuales existentes en las élites, que descuidó numerosos aspectos relacionados con su evolución histórica y que también asoció su destino al de la evolución nacional, ignorando la participación histórica de cualquier grupo o sujeto que no formara parte de ella<sup>8</sup>. Al igual que en los textos ya mencionados, este hecho empobreció el análisis del papel de los sectores dominantes en el acontecer nacional al pretender que los mismos actuaban absolutamente desvinculados de la vida material, social o intelectual y, sobre todo, de los demás grupos sociales.

El conocimiento que sobre las élites chilenas se había logrado generar no sufrió variaciones fundamentales al traspasar la mitad de la centuria. En general, se continuaba utilizando una gran variedad de conceptos para referirse a ella, especialmente aquellos vinculados con su papel político, aún cuando el término aristocracia era el que parecía imponerse. De igual forma, se aceptaba que la misma había sufrido una notoria evolución política e ideológica a lo largo del siglo. De ser un sector conservador y autoritario en lo político y muy cercano a la Iglesia católica en la primera mitad del siglo, había evolucionado hacia posiciones liberales y laicas, contrarias al autoritarismo presidencial y al papel protagónico que la Iglesia desempeñaba en la vida nacional.

Se resaltaba también su homogeneidad racial, económica, social y cultural; su propensión al orden, su afán de progreso material e intelectual, su austeridad, patriotismo y espíritu de sacrificio; su carácter terrateniente, su espíritu práctico, su individualismo y, en ocasiones, su carencia de aptitudes para las empresas económicas de carácter industrial. En general, se veía en la llamada aristocracia tradicional, a la depositaria de numerosas virtudes sociales y cívicas; un elemento de orden y colaboración con los gobiernos; un sector fundamental en el mando y organización del Estado, cuyas características habían permeado la organización social<sup>9</sup>.

### III

Pero esta visión de las clases altas, que exaltaba su participación en la evo-

<sup>8</sup> Guillermo Feliú Cruz en su trabajo *Un esquema de la evolución social en Chile en el siglo XIX* (1941), exhibe también un criterio netamente aristocratizante, llegando a negar la existencia del pueblo como ente histórico. Véase también su texto *Durante la república. Perfiles de la evolución política, social y constitucional*, editado en el libro *La Constitución de 1925 y la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* (1951).

<sup>9</sup> Además de las obras ya citadas, véase Domingo Amunátegui Solar, *La democracia en Chile* (1946) e *Historia social de Chile* (1932); Ricardo Donoso, *Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833* (1942) y *Las ideas políticas en Chile* (1946); Barros Arana (1967) y *Vicuña Mackenna* (1977); Guillermo Feliú Cruz, *Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX* (1941) y *La evolución política, económica y social de Chile. Ensayo histórico sobre los rasgos fundamentales hasta 1924* (1960); Luis Galdames, *Evolución constitucional de Chile. 1810-1925* (1925); Valentín Letelier y su obra (1937) y José Miguel Yrarrázaval, *El Presidente Balmaceda* (1940).

lución histórica nacional confundiéndola con la historia patria, no estuvo exenta de críticas. Sus primeros y más sistemáticos impugnadores fueron los historiadores marxistas que en los años cincuenta comenzaron a ocuparse de la historia nacional<sup>10</sup>. Sus obras, pese al tono de reproche con que abordan la participación de las élites en la historia de Chile, resultan útiles para el conocimiento de éstas. En efecto, el énfasis puesto por estos autores en los procesos y fenómenos económicos y sociales, así como su intento por demostrar que la evolución nacional siempre ha estado subordinada al exclusivo provecho de los grupos dominantes, contribuyeron a su caracterización y a la diferenciación de los diversos elementos que la conformaron a lo largo del siglo XIX<sup>11</sup>.

El *Ensayo* de Julio César Jobet, no sólo fue uno de los primeros en cuestionar la llamada «visión oficial» de la historia, si no que además es, a nuestro juicio, uno de los más representativos de la corriente que comentamos<sup>12</sup>. En él, su autor, al abordar el estudio del pasado nacional desde una perspectiva que le permitiera entregar una visión panorámica del mismo, superar la crónica predominantemente política e intentar reparar el desconocimiento de la existencia del pueblo y su aporte al progreso del país, paradójicamente -y al igual que Ramírez, Segall y Vitale- termina ocupándose también de las élites, aunque sólo sea para mostrar sus vicios y llamar la atención sobre algunas de sus características como clase.

Jobet utiliza una variedad de términos y adjetivos para referirse a las élites del siglo XIX. «Clase gobernante», «clases dominantes», «clase social profitadora», «clase terrateniente y feudal», «oligarquía plutocrática», «grupo privilegiado», «sectores dirigentes», «burguesía minera, manufacturera y comercial» y «burguesía minera liberal», son algunos de ellos. Al igual que los otros autores marxistas, su parámetro fundamental para definir a estos grupos es la propiedad de los medios de producción, de ahí que sea tan burgués el terrateniente, como el banquero, el comerciante, el minero y el industrial. Para estos autores, las élites corresponden a las clases dueñas de los medios de producción, las poseedoras del capital, las usufructuadoras de la plusvalía, en definitiva, los hombres acaudalados que ellos identifican, preferentemente, con la burguesía.

<sup>10</sup> Los autores y sus obras son: Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile* (1951); Hernán Ramírez Necochea, *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos* (1951); Marcelo Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos* (1953) y Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile. Ascenso y declinación de la burguesía minera: De Pérez a Balmaceda* (Frankfurt, 1975).

<sup>11</sup> Muchas de las afirmaciones y conclusiones que sobre las élites chilenas expresaron estos autores han sido objeto de críticas. Sin embargo, algunas de ellas estimularon a otros estudiosos que más tarde precisaron y corrigieron estas tesis, avanzando así en el conocimiento que tenía sobre ellas. Pensamos, por ejemplo en el caso de la obra de Ramírez Necochea y la revisión que de ella hizo Harold Blakemore.

<sup>12</sup> Sobre la génesis y significado de este texto, véase nuestro ensayo, *Julio César Jobet y la historia como crítica social*, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coordinadores), *La teoría social latinoamericana. Los orígenes* (México, D.F., 1994).

En sus textos, junto con caracterizar a la «burguesía nacional» como una clase egoísta, cruel, tartufa, atrasada, inculta y rústica, estos estudiosos explican brevemente su evolución como «clase social capitalista», sus luchas internas -entre mineros, industriales y terratenientes- y las formas en que se estructuró como «clase dominante» en el contexto de las transformaciones sufridas por el país a lo largo del siglo XIX.

Los autores mencionados, y pese a la falta de precisión y confusión de sus conceptos y a la sujeción a esquemas interpretativos que en ocasiones fuerzan la realidad, al abordar la dimensión económica y social de las élites, confirmaron lo que de una u otra manera todos sabían pero que nadie había hecho explícito hasta entonces, esto es, que ellas no sólo habían poseído el poder político, sino también el económico.

Sin embargo, y a diferencia de la historiografía que había evaluado positivamente la acción política de las élites en el siglo XIX, la historiografía marxista y también la que se ocupó de la evolución económica nacional, no apreció positivamente su acción económica.

Esta posición se puede situar en el marco de los debates propios de la década del 50 y en el sentimiento de frustración existente entonces, ambos, condicionados por las discusiones entorno al proceso de industrialización nunca logrado. Así, los estudiosos rastrearon en el siglo XIX los antecedentes del fracaso, terminando por señalar a las élites como las principales causantes de la situación de crisis por la que atravesaba el país, esencialmente, por su incapacidad para generar la industrialización, el paradigma del desarrollo existente entonces<sup>13</sup>.

#### IV

Un hecho que favoreció el conocimiento de las élites nacionales fue la atención preferente que la historiografía le prestó, desde fines de los cincuenta en adelante, al tema de la Independencia nacional. Trabajos como los de Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena* (1957); Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile* (1959) y Sergio Villalobos R., *Tradición y reforma en 1810* (1961) y *El comercio y la crisis colonial* (1968), revisaron el proceso y, superando la crónica política, se concentraron en aquellos elementos -económicos e ideológicos- que condicionaron las participaciones de los sectores dominantes en el proceso.

A los autores señalados, se sumaron investigadores extranjeros, entre ellos, Jacques Barbier, *Elite and Cadres in Bourbon Chile* (*Hispanic American Historical Review*, 1972); Roger M. Haigh, *The Formation of the Chilean Oligarchy, 1810-1821* (Salt Lake City, 1972); Mary Lowenthal Felstiner, *The*

<sup>13</sup> Junto a las obras de Jobet, Ramírez, Segall y Vitale, participan de estas características las de Aníbal Pinto, *Chile un caso de desarrollo frustrado* (1959); Claudio Véliz, *La mesa de tres patas* (*Desarrollo Económico*, 1963) y la de André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (México, 1970, original inglés 1965).

*Larraín Family in the Independence of Chile, 1780-1830* (Stanford, 1970) y *Kinship Politics in the Chilean Independence Movement* (*Hispanic American Historical Review*, 1976) y John Rector, *Transformaciones comerciales producidas por la Independencia de Chile* (*Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1975).

De estos últimos textos, los de Mary L. Felstiner se destacan por analizar el papel de la familia de los Ochocientos, a cuya cabeza se encuentran los Larraín Salas, en la política de parentesco impuesta en el período de Independencia y que terminó por limitar el gobierno sólo a una élite. Además, tanto Felstiner como Barbier ilustran sobre la forma en que operó la red de patrocinio, clientela y parentesco de las familias criollas prominentes frente al poder real.

Actualmente, es posible contar con una gran cantidad de textos analíticos que abordan la participación que tuvo el grupo dirigente en la Independencia, transformándose las élites de este período en una de las más estudiadas. Estos trabajos ilustran acerca de las características, ideas, intereses, valores, relaciones, planes y proyectos de los sectores que encabezaron el movimiento emancipador; sobre las personalidades y grupos familiares que participaron en él, y en general, sobre los antecedentes económicos, políticos e intelectuales que explican su acción, así como las consecuencias de la misma.

Lo anterior, sin embargo, no implica que el tema se encuentre agotado. En efecto, aún subsisten numerosas interrogantes sobre la prácticas políticas, la condición económica y social, la mentalidad y cultura de los sectores que protagonizaron la Independencia, lo anterior, sin perjuicio de que todavía poco se ha dicho de la relación entre la élite criolla y los demás sectores sociales existentes, durante el proceso de organización nacional.

## V

Es necesario avanzar en las décadas del sesenta y del setenta para encontrar estudios que aporten nuevos antecedentes sobre las élites chilenas del siglo XIX. Los trabajos que entonces se publican, algunos fruto de la historiografía extranjera y resultado del creciente interés que América Latina despierta en los círculos académicos europeos y norteamericanos, aprovechan los avances experimentados por la ciencias sociales y la historia, todo lo cual se materializó en novedosas perspectivas de análisis y en nuevos ángulos y temas de estudio que han ampliado el conocimiento sobre las élites nacionales.

Trabajos relacionados con su evolución general, su mentalidad e ideología, sus formas de sociabilidad, su participación y postura en diversos hitos de la historia nacional, su patrimonio y relaciones, sus intereses culturales e intelectuales, así como sobre algunos de sus miembros destacados, permiten afirmar que cada vez sabemos más sobre ellas y que este conocimiento es de mejor calidad, aunque sólo sea porque ellas aparecen vinculadas a otros sectores y fenómenos de la vida nacional.

En el ámbito de la historiografía nacional, las investigaciones que abordan la evolución de las élites no son numerosas, aunque sí novedosas desde el punto de vista analítico, como sus títulos lo indican. Entre ellas están las de Ximena Vergara y Luis Barros, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (1978) y *La Guerra civil y la instauración del parlamentarismo* (*Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1972); Julio Heise González, *Historia de Chile. El período parlamentario 1861-1925* (1974); Gonzalo Izquierdo F., *Un estudio de las ideologías chilenas: la Sociedad de Agricultura en el siglo XIX* (1968); Fernando Silva Vargas, *Comerciantes, habilitadores y mineros: una aproximación al estudio de la mentalidad empresarial en los primeros años del Chile republicano (1817-1840)* y *Notas sobre la evolución empresarial chilena en el siglo XIX* (*Empresa Privada*, 1977) y Juan Eduardo Vargas, *El pensamiento político del grupo estancadero. 1826-1829* (*Historia*, 1970) y *La Sociedad de Fomento Fabril* (*Historia*, 1976)<sup>14</sup>.

Ya sea a través de estudios generales o de monografías, estos autores se concentraron en ángulos específicos del comportamiento de las élites, intentando identificar y comprender rasgos de su mentalidad, ideología, formas de vida, empresas económicas e intereses económicos y políticos. Resultado de lo anterior, pero sólo en algunos casos, fue una mayor precisión y diferenciación de los conceptos con los cuales se aludía a las élites en cada obra específica, términos que a su vez correspondían a diferentes etapas y características de su existencia histórica.

La novedad de los títulos mencionados, más allá de sus méritos como obras históricas, es que la mayor parte de ellos eran el resultado de investigaciones acabadas, en fuentes primarias que, y a diferencia de gran parte de lo escrito hasta entonces sobre las élites chilenas, permitieron a sus autores hacer afirmaciones fundadas sobre aspectos novedosos de la trayectoria de éstas.

Es el caso de Silva Vargas y sus trabajos, que aportan antecedentes sobre las operaciones de los comerciantes, habilitadores y mineros, las casas comerciales y los negocios de los empresarios de entonces. Entre ellos, el «alto comerciante de Valparaíso» -sin duda el actor más dinámico del período-, el empresario minero y el industrial.

En el plano general, y desde un punto de vista social y mental, se caracterizó -como lo hace Heise- la modalidad y el estilo de vida público del bur-

<sup>14</sup> Otros trabajos que también abordan el papel de las élites, aunque indirectamente y en función de los procesos que analizan, son los de Ricardo Lagos Escobar, *La industria de Chile; antecedentes estructurales* (1966) y Oscar Muñoz G., *Estado e industrialización en el ciclo de expansión del salitre* (1977).

gués de la segunda mitad del siglo, a la vez que se llamó la atención acerca de la existencia de un «modo de ser aristocrático» a partir de los rasgos culturales propios de la oligarquía chilena finisecular. Así, comenzó a darse contenido a un fenómeno ya advertido por la historiografía, esto es, la transformación de la burguesía en oligarquía. Es la evolución del burgués «pragmático», «racionalista», «laico», «positivista», de «espíritu científico» y «confianza en la técnica» y en el «progreso indefinido», en el oligarca de modo de ser aristocrático, de «buen tono», que valoriza el ocio, que utiliza el dinero para dominar y que se ocupa de lucir su apellido.

Buena parte de los avances realizados por la investigación se condensaron en la obra de Sergio Villalobos R., Osvaldo Silva G., Fernando Silva V. y Patriocio Estellé M., *Historia de Chile* (1974). Concebida como texto interpretativo, proporciona una caracterización de la evolución de la sociedad chilena como totalidad y con ella de los grupos dominantes, precisando las diversas etapas de su desenvolvimiento y los rasgos dominantes de cada una.

Además, y en un logrado intento por abordar los procesos que van más allá de lo político, normalmente ausentes en las historias generales, el texto que comentamos proporciona numerosos antecedentes sobre los intereses culturales e intelectuales, las actividades económicas y las relaciones sociales establecidas por las élites nacionales, muchas de las cuales, dieron el tono a la vida nacional y se convirtieron en ejemplo a imitar por los demás sectores de la sociedad.

Junto a los estudiosos locales, los foráneos también realizaron interesantes aportes al conocimiento del pasado nacional y de las élites en particular. Entre ellos: Diana Balmori y Robert Oppenheimer, *Family Clusters: The Generational Nucleation of Families in Nineteenth-Century Argentina and Chile (Comparative Studies in Society and History, 1979)*; Arnold J. Bauer, *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días* (1994, original en inglés 1975); Jean Pierre Blancpain, *Intelligentsia nationale et immigration europeenne au Chili de l'Independence a 1914 (Jahrbuch fur Geschichte von Stast Wirtschaft un Gessellschaft Lateinamerikas, 1981)*; Harold Blakemore, *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North* (1978, original en inglés 1974); Marcelo Cavarozzi, *El orden oligárquico en Chile. 1880-1940 (Desarrollo Económico, 1978)*; Simon Collier, *Ideas y política en la Independencia chilena. 1808-1833* (1977, original inglés 1967); Tomas O'Brien, *Chilean Elites and Foreign Investors: Chilean Nitrate Policy, 1880-1882 (Journal of Latin American Studies, 1979)*; Robert B. Oppenheimer, *Chilean Transportation Development: The Railroads and Socioeconomic Change in the Central Valley, 1840-1885* (Los Angeles, 1976) y *From Family to Corporation: Merchant Family Organization in Nineteenth-Century Santiago, Chile* (Washington, 1980); Frederick B. Pike, *Aspects of class relations in Chile, 1850-1960 (Hispanic American Historical Review, 1963)*; Charles G. Pregger, *Role of the Banking and Insurance Sector in the Failure of the Industrial Revolution in the Nineteenth-Century Chile. Studies in Comparative Int (Development 1978)* y *Economic Interest Groups Within the Chilean Government, 1851 to 1891: Continuity and Discontinuity in Economic and Political Evolution*

(*Science and Society*, 1979); Joanne Fox Przeworski, *Miners and Smelters: the Sale of the Coal Oligopoly in the Decline of the Chilean Copper Industry* (Torino, 1978); Carl Solberg, *Immigration and urban social problems in Argentina and Chile, 1890-1914* (*Hispanic American Historical Review*, 1969) y Thomas C. Wright, *The Sociedad Nacional de Agricultura in Chilean Politics, 1869-1939* (Berkeley, 1972)<sup>15</sup>.

Si bien sólo en algunos de los trabajos mencionados se aborda directamente la participación de las élites, ellas aparecen en cada uno de los problemas que se plantean, hecho que confirma el papel trascendental que se les había atribuido con anterioridad.

A diferencia de muchos estudiosos nacionales, los extranjeros no se contentaron con agregar adjetivos calificativos sobre las élites, y las caracterizaciones que de ellas hicieron fueron el resultado del análisis de diversos fenómenos de la historia nacional. Los afanes por delinear aspectos relacionados con las características de las autoridades, la industrialización chilena, la identificación de la burguesía comercial y empresarial, la respuesta del mundo rural a la arremetida del capitalismo liberal o la actitud de las élites ante diversas coyunturas de la vida nacional, son algunos de los temas que llamaron la atención de los extranjeros.

Así por ejemplo, Pregger, intentando explicar los conflictos políticos sufridos por el país en la segunda mitad de la pasada centuria, identificó algunas de las diferencias sociales y económicas existentes al interior de la llamada oligarquía gobernante. Bauer, a su vez, al centrarse en el mundo rural chileno, no olvidó el papel protagónico de los terratenientes en él y así aportó antecedentes sobre su comportamiento y evolución. El carácter predominantemente urbano de sus intereses, su alejamiento de las formas señoriales de vida y la incorporación de los círculos comerciales y mineros a la propiedad de la tierra constituyen, a nuestro juicio, sus principales contribuciones al conocimiento de las élites chilenas.

Diana Balmori y Robert Oppenheimer, por su parte, se ocupan de las interconexiones entre familias y la forma en que éstas consiguieron armar sus redes. Abordan los grupos de familias que, organizadas en función de alianzas de parentesco, llegaron a ocupar posiciones de poder político y social tanto en Chile como Argentina. Llamen «asociaciones de familias» a las estirpes interconectadas que dominaron en ambas naciones gracias a sus relaciones por razones de comercio, matrimonio, proximidad espacial y, más tarde, por ser miembros de diversas organizaciones.

<sup>15</sup> La mayor parte de los textos mencionados corresponden a las tesis doctorales de sus autores que, a su vez, originaron numerosos artículos en que se abordaban aspectos específicos del tema general tratado en la tesis. Para informarse sobre ellos, véase nuestra bibliografía sobre la historia económica de Chile en Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930* (1990).

Oppenheimer, además, centra uno de sus estudios en la descripción y explicación de la evolución de una red de familia santiaguina, señalando los esquemas que regulaban su funcionamiento. Así, por ejemplo, expone la diversificación y la expansión de los intereses familiares, todo lo cual se materializó en el control de nuevas actividades económicas, como la banca y el crédito y su acceso a las profesiones liberales como el derecho.

Otros investigadores iluminaron aspectos relacionados con la mentalidad política de los protagonistas de la independencia nacional, determinados grupos de interés como los agricultores o los mineros, las características de los accionistas ferrocarrileros, el papel de los banqueros en el frustrado intento de industrialización, la posición de los grupos dominantes ante fenómenos como la inmigración, los intereses comprometidos en torno a la riqueza salitrera, los mecanismos de integración de los sectores medios a la aristocracia tradicional y las bases financieras del llamado régimen oligárquico.

De esta forma, una de las características más evidentes de los trabajos mencionados, es el hecho que las élites son estudiadas en relación a temáticas que trascienden su propia evolución histórica. Su existencia como grupo social aparece contextualizada, problematizada y, a veces, en relación con otros sectores sociales, todo lo cual, junto con favorecer la diferenciación de los diversos elementos que la componían, contribuyó también a una mejor comprensión de su evolución histórica.

## VI

En nuestra opinión, un importante aporte al último de los fines arriba mencionados fue el texto de Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (1981). La obra, como es bien sabido, fue motivada por el sentimiento de angustia experimentado por su autor frente a los acontecimientos vividos por el país desde la década de 1970, específicamente, la política que pretendió reducir el papel del Estado en la vida nacional y conferirle a éste una función meramente subsidiaria. La aflicción de Góngora se explica si consideramos que su tesis central es que la nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que la ha antecedido, desempeñando éste un papel rector en la configuración de la nación.

Si bien el *Ensayo* no aporta antecedentes novedosos sobre las características de los grupos dirigentes nacionales, resulta singular la relación que en él se establece entre élites y Estado<sup>16</sup>. En efecto, Góngora, al explicar cómo el Estado modeló la nacionalidad en el siglo XIX, está mostrando la obra de los

<sup>16</sup> Este autor también señala la evolución de la aristocracia terrateniente, que identifica con el rango social y el orden, hacia una plutocracia de terratenientes, mineros, banqueros, extranjeros y agricultores de la Araucanía, de espíritu especulativo y financiero e ideas liberales y laicas.

sectores dirigentes en la vida nacional. La conclusión de que las élites forman parte esencial del Estado y que por lo tanto ellas fueron las que construyeron la nación es perfectamente deducible del texto, aunque el autor no lo explicita<sup>17</sup>.

Creemos que en este trabajo no se hace más que reconocer una realidad evidente de acuerdo con el estado de la historiografía sobre Chile. Hasta ese momento, todo indicaba que el papel desempeñado por las élites nacionales era fundamental para explicar nuestro desenvolvimiento como pueblo, pues habían sido sus acciones e intereses los que, en gran medida, explicaban los procesos históricos experimentados por el país el pasado siglo<sup>18</sup>.

Lo anterior, no significa desconocer la participación que han tenido otros sectores y grupos en la vida nacional. Precisamente, creemos que uno de los desafíos existentes es abordar la dimensión de dicha actuación y su vinculación con la de los grupos dirigentes o viceversa, lo cual nos permitirá evaluar en su verdadera dimensión el papel de las élites. Sin embargo, y por lo menos para el siglo XIX, el tono de la vida lo dan las minorías selectas, las que se identifican con los sectores aristocráticos y burgueses, como por lo demás la historiografía posterior lo confirma.

## VII

A partir de los años 80, los trabajos sobre el pasado nacional y las élites del siglo XIX sufren algunas transformaciones. Por lo pronto, disminuye el interés de los estudiosos extranjeros, a la vez que se incrementan los textos nacionales que abordan el estudio de las minorías selectas en función de problemas históricos de alcance general. Además, creemos, los nuevos trabajos muestran una especial predilección por temas relacionados con la mentalidad de estos sectores. Elementos de la vida privada y de las formas de sociabilidad comienzan a ser explorados, reflejan y se reflejan también en la historiografía chilena las nuevas tendencias historiográficas originadas en otras latitudes.

Junto con las nuevas preocupaciones y problemas, los estudiosos chilenos han continuado la tarea iniciada por algunos investigadores extranjeros y, también, se han ocupado del análisis del comportamiento económico de las élites en el proceso de crecimiento experimentado por el país en el pasado siglo. De esta forma, han ilustrado nuevas dimensiones del fenómeno, así

<sup>17</sup> Jacqueline Garreaud, por ejemplo, en su tesis *A Dependent Country: Chile, 1817-1861* (San Diego, 1981), concluye que, por lo menos para el período que abarca su trabajo, el gobierno no fue una entidad abstracta, sino una institución de poder, vinculada directamente a los grupos socioeconómicos dominantes.

<sup>18</sup> Al igual que Alberto Edwards, Góngora también evalúa positivamente el Chile decimonónico y negativamente el actual, a su juicio, el de «la inacabable crisis».

como iluminando diversos aspectos que, si bien habían sido enunciados en general, carecían del apoyo documental que las nuevas investigaciones les han dado al estar fundadas en vastos acervos, nacionales como extranjeros. Especial preocupación de los estudiosos han sido los llamados sectores burgueses, sus actividades e intereses, como se desprende de la simple lectura de los títulos de los textos.

Entre los aparecidos se cuentan los de Eduardo Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses. 1820-1880. Un ciclo de historia económica* (Valparaíso, 1988); Alvaro Góngora, *Políticas económicas, Agentes económicos y desarrollo industrial en Chile hacia 1870-1900 (Dimensión histórica de Chile, 1984)* y *El concepto de burguesía en la historiografía chilena (Dimensión histórica de Chile, 1986)*; María Angélica Illanes, *Minería, crédito y burguesía. Atacama, 1830-1860* (1988) y *La dominación silenciosa. Productores y prestamistas en la minería de Atacama. Chile 1830-1860* (1992); Mateo Martinic, *Nogueira el pionero* (Punta Arenas, 1986); Fernando Moraga Acevedo, *Charles San Lambert, modelo de los grandes empresarios chilenos del siglo XIX (La Escuela de Minas de La Serena. Derrotero de sus orígenes, La Serena, 1987)*; Luis Ortega, *Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico* (1984), Fernando Subercaseaux, *Victorino Lastarria. Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX, ideología y literatura* (1981); Juan Eduardo Vargas, *Comerciantes chilenos de Valparaíso durante la primera mitad del siglo XIX. Notas para su estudio* (Valparaíso, 1987) y José Tomás Ramos Font, *una fortuna chilena del siglo XIX* (1988); Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)* (Volúmenes I y II, 1981-1983) y Sergio Villalobos R., *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (1987).

Títulos como los de Cavieres e Illanes han contribuido al conocimiento de las relaciones comerciales de los mercaderes y productores locales, las actividades de los mineros y sus prácticas crediticias, comerciales e industriales, confirmando, para los primeros, su dependencia de las casas comerciales británicas. Ambos autores, así como los trabajos de Martinic, Moraga Acevedo y Vargas, nos ilustran también acerca del proceso de formación de las grandes fortunas decimonónicas, la mayor parte de ellas originadas en las actividades mineras y comerciales<sup>19</sup>. El texto de Ortega también se encuentra relacionado con los empresarios. En él se refiere al papel de promotores desempeñado por algunos de éstos en el conflicto que se inició en 1879.

Por su parte, Villalobos, en un afán por comprender lo que ella fue, traza un panorama general del origen y ascenso de la burguesía nacional, identificando y caracterizando la evolución de su mentalidad, estilos de vida y valo-

<sup>19</sup> Un texto de Claudio Véliz, *Egaña, Lambert and the Chilean Mining Associations of 1825 (Hispanic American Historical Review, 1975)*, también se refiere a las actividades mineras de Charles Lambert, quién introdujo los hornos de reverbero en Chile.

res a lo largo del siglo XIX. Su texto resulta especialmente útil al señalar el papel desempeñado en la vida económica nacional por los mineros del cobre y de la plata, los industriales y los banqueros, conceptos con los que se refiere a la burguesía desde su origen -en la que llama «aristocracia de rasgos burgueses» colonial- hasta su «tiempo oligárquico» entre 1891 y 1920.

Villalobos se adentra en la realidad material y mental de la burguesía, distinguiendo las etapas de su evolución en función del desenvolvimiento del capitalismo en Chile. Señala el carácter terrateniente y mercantil de la aristocracia colonial, llamando la atención sobre una ética en la que predomina un fondo de moralidad, recato y prudencia de viejo estilo, en la que el honor juega un papel fundamental. También se ocupa de la transición hacia una burguesía de nuevo estilo -integrada por comerciantes, mineros, profesionales e intelectuales- en cuya conformación cumplen un papel fundamental los extranjeros. Caracteriza la nueva ética burguesa, cuyo fin esencial es la acumulación de riquezas, y se detiene en la fusión de la antigua aristocracia terrateniente y la nueva burguesía comercial que da origen a la oligarquía, una de cuyas características esenciales fue buscar el prestigio social a través de la propiedad de la tierra.

Adelantándose a estudios posteriores, y basándose más en sus lecturas y conocimiento de la historia nacional que en investigaciones o fuentes primarias, Villalobos ofrece breves pero sugerentes caracterizaciones de la vida material de la burguesía y de algunos de sus miembros más representativos que, en general, confirman las apreciaciones ya existentes sobre ella.

Gonzalo Vial a su vez, en los primeros volúmenes de su historia general de Chile, caracteriza a la que llama «aristocracia», «clase dirigente» o «clase alta» chilena finisecular. Uno de los méritos de su obra es la de presentar, a la que podríamos llamar élite tradicional o «aristocracia antigua», en su momento de decadencia.

En efecto, luego de abordar, suscintamente, temas como el origen de la aristocracia en la Colonia, la integración de los extranjeros en ella, la formación de las grandes fortunas que llama «neoaristócratas», los mecanismos de ascenso social hacia la misma y las características de la aristocracia provinciana, este autor se concentra en los efectos que tuvo en la clase alta su victoria en la Guerra Civil de 1891, momento en que Vial fecha el comienzo de su fin.

Serán la contaminación por elementos ajenos a ella, la pérdida de unidad y de austeridad, la adopción de posturas como la propia ostentación, la ociosidad y la frivolidad, la desmoralización, la riqueza fácil, el abandono de sus deberes sociales y la pérdida de la voluntad de poder, algunos de los fenómenos que Vial revisa para explicar su decadencia.

Su texto, además, ofrece lo que nombra «juego político» entre la clase alta y la autoridad a lo largo del siglo XIX, muy en el estilo de lo planteado por Edwards en su ensayo *La fronda aristocrática*; un panorama de la «alta cultura» y de sus exponentes más destacados; un apartado sobre los afanes educativos del Estado, es decir, la tarea de formar a las élites; y, además, otro más modesto sobre el clero y lo que llama «fin del consenso doctrinal», en el que

aborda los choques entre el Estado y la Iglesia y señala el cambio de estilo de vida de la clase alta como una de las causas del conflicto<sup>20</sup>.

Si bien a la obra de Vial se le pueden criticar la identificación del colapso aristocrático con la decadencia nacional y la parcialidad de sus fuentes -principalmente memorias, novelas, folletería y documentos oficiales e historiografía- lo cierto es que, además de los elementos señalados, más arriba, ofrece una gran cantidad de retratos físicos, psicológicos, intelectuales y morales de numerosos integrantes de las élites chilenas del cambio de siglo. Políticos, profesionales, artistas e intelectuales desfilan por sus páginas configurando un ente colectivo, la oligarquía chilena, cuya decadencia Vial se ha encargado de mostrar.

Interesante resulta también la obra de Bernardo Subercaseaux en la que, a partir de la figura y producción de un destacado hombre público como Lastarria, analiza el liberalismo chileno desde un ángulo social y cultural. Junto a las obras de Hernán Godoy y Krebs es una de las pocas que se ha ocupado de estudiar a las élites en un plano diferente al político y económico, demostrando, de paso, que en el ámbito intelectual su predominio era prácticamente absoluto y que uno de sus referentes fundamentales era el modelo francés.

Por otra parte, y desde una dimensión novedosa en la historiografía chilena, Isabel Cruz ha estudiado el vestuario de las «damas y caballeros chilenos» de principios del siglo XIX, demostrando la influencia que en él tuvieron las repercusiones de la Revolución Francesa<sup>21</sup>. Las damas fueron las primeras en mudar su vestir, adecuándolo a la nueva moda, por ejemplo, el uso de túnicas delgadas y semitransparentes. En el caso de los varones, se muestra la introducción en Chile de la indumentaria de carácter burgués, esto es el pantalón y la chaqueta que reemplazaba al calzón y la casaca tradicional.

Una de las conclusiones a que arriba Isabel Cruz es que la nueva moda vino a quebrar la relativa unidad existente en la vestimenta de «capitán a paje», contribuyendo a diferenciar aún más a las élites del resto de los grupos sociales.

Debemos mencionar también el trabajo de María Angélica Muñoz sobre la mujer aristócrata en el ámbito de su vida de hogar. Si consideramos que la casi totalidad de las investigaciones sobre las élites chilenas del siglo XIX se refieren a los hombres, a sus actividades y espacios de acción, como si sólo

<sup>20</sup> Otra obra que también aborda este último tema es la de Ricardo Krebs, *Catolicismo y laicismo. Las bases doctrinales del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile* (1981) que, al analizar el problema en el último tercio del pasado siglo, proporciona antecedentes sobre la visión de los diferentes sectores de la élite que se agrupaban en una u otra posición.

<sup>21</sup> El texto a que hacemos alusión es *El traje como signo de los nuevos tiempos; la Revolución Francesa y la moda en Chile, 1800-1820*. En Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri (edits), *La Revolución Francesa y Chile* (1990).

ellos formaran las clases dominantes, el texto nombrado adquiere aún más valor al constituirse en pionero en su campo.

En él, se caracteriza el modelo femenino de vida familiar existente en los altos grupos sociales de fines de la pasada centuria y, a partir de allí, se identifica la imagen de la mujer de hogar cuya existencia aparece orientada por dos valores esenciales, la virtud moral y el deber de familia, a los cuales se supeditan sus deberes sociales. Sólo realizando su misión de esposa y madre, y atendiendo oportunamente sus responsabilidades domésticas, concluye María Angélica Muñoz, la mujer será reconocida y respetada, pues es cumpliendo con su misión familiar como la mujer aristócrata se integra en la sociedad y encuentra un significado para su vida.

Por último, llama la atención una de las conclusiones a que llega la autora, esto es, la inexistencia de alternativas, diferentes al matrimonio y la familia, donde las mujeres pueden realizarse en cuanto tales. Esto, no sólo obliga a matizar algunas de las afirmaciones hechas en torno a las opciones profesionales que en el último tercio del siglo aparecieron para las mujeres, sino que además, debería provocar a los investigadores a adentrarse en un campo en el cual se vislumbran numerosos y variados elementos que permitirían conocer y comprender mejor el comportamiento de las élites nacionales.

Estudios como los nombrados, pese a todas sus limitaciones y carencias, entre ellas la de no abordar el periodo de declinación y de crisis de la llamada burguesía criolla y con ella del mundo mercantil y comercial -ligado a la minería del Norte Chico- de Valparaíso, han posibilitado aclarar el significado de un concepto que, en opinión de Alvaro Góngora, había sido utilizado por la historiografía de forma tan ambigua y confusa que, incluso, se podía dudar de su existencia como clase social. Más todavía, nos atrevemos a sostener que la historiografía que hemos reseñado, es la que ha hecho posible que en la actualidad el concepto de burguesía sea utilizado por los estudiosos en desmedro del de aristocracia que tradicionalmente se había empleado.

Lo señalado es significativo si tenemos presente que, en efecto, las últimas investigaciones tienden a confirmar los rasgos burgueses de las élites chilenas, sin perjuicio de sus actitudes y modos aristocráticos. De hecho, se ha destacado el papel empresarial desempeñado por ellas tanto en el ámbito minero, comercial, bancario, industrial y agrícola, así como los intereses de carácter económico que estaban tras de algunos de sus comportamientos políticos. Por otra parte, ésta y la historiografía que más adelante mencionaremos, han visto a los sectores burgueses con cierta simpatía, revalorizando su dinámico papel en el desenvolvimiento nacional.

Entre los investigadores foráneos que en los últimos años se han ocupado de temas relacionados con las élites chilenas se encuentran: Arnold J. Bauer, *Industry and the Missing Bourgeoisie: Consumption and Development in Chile, 1850-1950* (HAHR, 1990); Simon Collier, *Conservantismo chileno 1830-1860* (Nueva Historia, 1983) y *Gobierno y sociedad en Chile durante la «República Conservadora» 1830-1865* (Boletín Instituto E. Ravignani, 1989); John Mayo, *British merchants and chilean development, 1851-1886* (Boulder, 1987);

Thomas C. Wright, *Landowners and Reform in Chile. The Sociedad Nacional de Agricultura. 1919-1940* (Illinois, 1982) y Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were)* (Princeton, 1985)

El mérito de estos investigadores es o el de ilustrar, detalladamente, fenómenos y procesos que sólo se conocían de manera general, o bien, reflexionar sobre el papel de las clases dominantes en diversos procesos de la vida nacional, como por ejemplo lo hace Bauer, al señalar que la inexistencia de una «genuina burguesía» fue lo que impidió el crecimiento económico del país basado en la industria.

Simon Collier a su vez, trata de las élites que formaban parte del mundo conservador, identificando los factores que explican el éxito político del conservantismo; entre ellos, la homogeneidad racial y cultural de la clase alta y su dominio sin contrapeso del país y la sociedad.

Por su parte, el interés de la obra de Wright es que al ocuparse de la Sociedad Nacional de Agricultura -la agrupación que tradicionalmente ha representado los intereses de los grandes propietarios terratenientes- no sólo señala el papel que tuvo en la expansión y limitada modernización del agro chileno; además, estudia la composición de sus miembros, demostrando que ella aparece dominada por los grandes propietarios y, regionalmente, por los agricultores del centro del país. Por otra parte, este autor demuestra la importancia que tuvo la propiedad de la tierra como elemento de prestigio social, así como la activa participación de los terratenientes en la vida política nacional.

Más polémico resulta el texto de Maurice Zeitlin, quién estudia a la clase dominante chilena del siglo XIX y, olvidando el carácter cohesionado y homogéneo que la mayor parte de la historiografía le atribuye, señala la lucha entre la aristocracia terrateniente y la burguesía minera como la principal causa de las guerras civiles ocurridas en Chile a lo largo del siglo XIX.

Por último, John Mayo aborda las actividades económicas de los ingleses residentes en el país. El funcionamiento de sus negocios y su papel en el comercio exterior, resultan los aspectos más destacados de esta dimensión del quehacer de algunos de los miembros de la burguesía comercial.

## VIII

Entre los trabajos más recientes de la historiografía chilena, se cuentan los de Enrique Brahm, *Tendencias críticas en el conservantismo después de Portales. El conservantismo liberal. Antonio García Reyes (1817-1855). Del conservantismo positivista al «pelucón».* Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903) (1992); Juan Ricardo Couyoumdjian, René Millar y Josefina Tocornal, *Historia de la Bolsa de Comercio de Santiago. 1893-1993* (1992); Cristián Gazmuri, *El 48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (1992); Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago. 1813-1931. Visión de las élites* (1994); Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile. Tradición modernización y mito* (Madrid, 1992); Ricardo Nazer, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (1993); Julio Retamal Faverau, Carlos Celis y

Juan Guillermo Muñoz, *Familias fundadoras de Chile. 1540-1600* (1992); Sol Serrano, *Universidad y nación* (1993); la tesis doctoral de Ana María Stiven, *Polemica y consenso en la cultura política chilena* (Stanford, 1991); Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo: La Época de Balmaceda* (1988) y J. Samuel Valenzuela, *Building Aspects of Democracy before Democracy: Electoral Practices in Mid-Nineteenth Century Chile* (1995).

Sobresale entre estos títulos el texto sobre las familias fundadoras chilenas. Si bien los estudios de carácter genealógico tienen una antigua tradición en Chile, lo cierto es que esta obra representa un hito fundamental entre los mismos<sup>22</sup>. En primer término, porque en ella sólo se encuentran aquellas familias respecto de las cuales existe una sólida base documental que demuestra su origen en el período de la conquista y su subsistencia, por línea de varón, hasta el día de hoy. Por otra parte, sus autores no se contentan con rastrear la evolución de los apellidos, además, realizan una evaluación general de cada estirpe, situándolas desde el punto de vista social y de sus influencias. De esta manera, el texto trata de los orígenes de las familias, sus propiedades, los servicios prestados a la república por sus integrantes, sus distinciones y altos cargos, su expansión y vinculaciones, aportando así antecedentes que permiten relacionarlas con diferentes procesos de la vida nacional.

El texto incluye también una tabla genealógica llamada «La gran familia chilena», que grafica los vínculos y parentescos existentes al interior de la clase dirigente [el cuadro es sólo de chilenos destacados], confirmando aquella feliz expresión atribuída a Benjamín Vicuña Mackenna: «Santiago, más que una ciudad de ciudadanos es una ciudad de parientes».

Entre los títulos más arriba señalados, se destacan también los que forman parte de una renovada historia política. Es el caso de Gazmuri y su investigación sobre las formas de sociabilidad implementadas por la oligarquía pipiola y liberal en su lucha contra el autoritarismo presidencial. Su texto identifica las organizaciones y contactos sociales de élite capaces de mantener la vigencia de la idea liberal. Radicales, masones o bomberos fueron los jóvenes de la aristocracia y de la burguesía naciente que, a través sus respectivas organizaciones, se constituyeron en los portadores de una nueva cultura de carácter republicano, democratizante, opuesta a lo tradicional, enemiga de las jerarquías, laica y anticlerical, nacionalista, filantrópica, preocupada de la educación, en pugna con el obscurantismo, en definitiva, sustentadoras de la mo-

<sup>22</sup> Hemos esperado hasta este punto de nuestro ensayo para referirnos a una disciplina que, obviamente, representa un aporte fundamental para el conocimiento de las élites. Numerosos son los títulos existentes, aunque la mayor parte de ellos sólo tengan como motivación preocupaciones nobiliarias y relacionadas con el culto aristocrático. Con todo, obras como la clásica de Guillermo de la Cuadra Gormaz, *Familias chilenas (Origen y desarrollo de las familias chilenas)* (1915), constituyen valiosos aportes a la historia social, al igual que algunos de los trabajos más recientes de la *Revista de Estudios Históricos*, el órgano de difusión del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas.

dernidad y por tanto del cambio ocurrido en el país en el último tercio del siglo.

Un carácter similar tiene la tesis doctoral de Ana María Stüven. En ella, la autora aborda la cultura política como una forma de sociabilidad, en la que la polémica es una expresión del consenso y disenso posibles al interior de las élites. Analizando las formas de diálogo y disputa de la «clase opinante de la sociedad», es decir, la clase dirigente, aborda los temas que a ésta le preocupan en el proceso de consolidación del Estado y de la nación chilena. Junto con identificar los consensos que moldeaban su cultura política, los más importantes, su vocación republicana, sus principios religiosos y su valoración del orden social, concluye que la discusión sobre la nación estaba directamente relacionada con la mantención de la estructura de poder consolidada con la república.

Por su parte, y desde el ángulo de la ciencia política, Valenzuela aborda un aspecto muy significativo de la historia política nacional, como lo es el de las prácticas electorales chilenas del siglo XIX, consideradas manifestación de un sistema electoral oligárquico u aristocrático, señalando, sin embargo, la evidencia de la significativa participación de sectores populares urbanos en las elecciones, todo lo cual obliga a una revisión de los conceptos tradicionales sobre el tema y, especialmente, de la relación entre las élites políticas y sus votantes<sup>23</sup>.

Los aportes sobre las formas de relaciones interpersonales como forma de comprensión de los fenómenos sociales, no se han limitado sólo al plano político, y la publicación del texto de la Fundación Mario Góngora, *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940* (1992), es una muestra de ello<sup>24</sup>. En él, se abordan diversas manifestaciones y espacios de sociabilidad de las élites chilenas del siglo XIX, todo lo cual ha permitido conocer aspectos casi ignorados de su mentalidad y actividad.

Entre los trabajos de la recopilación, los relativos a las tertulias literarias y a la casa de campo como área de sociabilidad resultan para nosotros los más destacados. Respecto del primer tema, los textos dejan en claro que los salo-

<sup>23</sup> El mismo autor en el texto *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, 1985), realiza un análisis de las políticas electorales implementadas en el siglo XIX y su contribución a la democratización, señalando que la reforma electoral de 1874 que expandió el sufragio al terminar con el voto censitario, no sólo fue impulsada por los grupos radicales y liberales, también por los conservadores que, a su juicio, jugaron un papel de gran importancia. Los problemas que trata Valenzuela en sus textos son significativos en función del tema que nos ocupa pues nos ilustran acerca de los intereses políticos de los distintos sectores que conformaban las élites dominantes, entre ellos los conservadores, quiénes, desde la aprobación de la ley, se ocuparon de formar una organización partidaria que les permitiera captar el voto popular, ahora un mercado electoral libre de las interferencias del Poder Ejecutivo.

<sup>24</sup> El libro recoge las ponencias presentadas en un seminario sobre el tema realizado en Viña del Mar en mayo de 1991.

nes y tertulias reflejaban una de las formas de sociabilidad de la élite social nacional al constituirse en instancias informales de interacción personal<sup>25</sup>.

Las numerosas tertulias políticas, intelectuales y artísticas y los salones literarios registrados por los estudiosos a lo largo del siglo dan cuenta, además, del refinamiento y cultura que fueron adquiriendo los estratos superiores de la sociedad; de la influencia del modelo cultural francés en nuestras clases superiores; del papel reservado a la mujer en este ámbito de la convivencia y de la comunicación y del afán de preeminencia social de las clases altas, entre otros muchos aspectos vinculados con su vida social<sup>26</sup>.

Los espacios de sociabilidad de las élites también han merecido la atención de los estudiosos. Teresa Pereira, por ejemplo, aborda las formas de vida y la mentalidad de las familias vinculadas a la propiedad de la tierra, las clases altas y tradicionales de la sociedad chilena del siglo XIX, a partir del estudio de uno de sus espacios de encuentro como lo fue la casa de campo patrimonial. En este ámbito de la vida privada, estudia los lazos, las costumbres, los hábitos y los comportamientos que relacionan a quienes lo habitan, especialmente el grupo familiar del hacendado<sup>27</sup>.

En la descripción y análisis de la planta de las casas y sus espacios, de las familias y de su vida cotidiana, así como de los lugares y elementos principales de sociabilidad existentes en el campo, se reflejan los cambios operados en la mentalidad y costumbres de los terratenientes; entre ellos, su refinamiento, la diversificación de sus formas de vida, su deseo de una mayor privacidad y su creciente individualidad<sup>28</sup>.

En su texto Alfredo Jocelyn-Holt pasa revista a la transición chilena de colonia a república, describiendo el surgimiento y las características de la élite criolla, señalando su papel en la relación entre tradición y modernidad. Este trabajo, que pretende ser una historia de élite, de la élite dirigente, entendida en un sentido político, oligárquico, como el gobierno de unos pocos, si bien

<sup>25</sup> Los trabajos que abordan esta temática son los de Hernán Godoy, *Salones literarios y tertulias intelectuales en Chile, trayectoria y significación sociológica*; Cristián Jara, *Los salones literarios en su vida interna. Paralelo entre la experiencia chilena y la francesa* y María Angelica Muñoz, *Tertulia y salones literarios chilenos: su función sociocultural*.

<sup>26</sup> Más recientemente, Manuel Vicuña Urrutia en *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX* (1996), estudia los escenarios en los que las élites santiaguinas desarrollaron sus relaciones sociales en las últimas décadas del siglo XIX. Interpretándolos como espacios favorables para su articulación, Vicuña señala que salones, paseos, clubes y reuniones contribuyeron a hacer explícita la condición social de los miembros de la élite, reforzando su identidad en medio de una sociedad cada vez más disgregada y compleja.

<sup>27</sup> El título de su trabajo es, *La casa de campo, un espacio de sociabilidad*.

<sup>28</sup> Además de la casa de campo, otros autores intentan, sin éxito, mostrar otros ámbitos de sociabilidad de las élites como lo fueron las exposiciones artísticas, los clubes privados y los banquetes. El hecho de que estos trabajos sólo se limiten a hacer la crónica de los respectivos eventos, no significa que éstos últimos no sean una veta importante para abordar el comportamiento social y cultural de las élites.

discute algunas de las afirmaciones hechas con anterioridad sobre su origen y características, en definitiva no aporta nuevos elementos al concluir que no es posible definir al grupo dirigente en forma categórica y que la élite colonial no es propiamente una aristocracia ni una burguesía.

Por su parte, la investigación de Enrique Brahm tiene el mérito de sustentarse en fuentes de primera mano y de abordar el pensamiento de dos figuras críticas del ideario conservador, lo cual contribuye a matizar las nociones existentes sobre una de las vertientes en que se dividió la élite decimonónica. Las conclusiones sobre el pragmatismo, orden y moderación del pensamiento conservador, así como sobre las posturas conciliadoras y menos autoritarias de los personajes estudiados, no sólo contribuyen a caracterizar mejor al sector de que formaban parte, sino que, a identificar los elementos que a lo largo del siglo fueron provocando fisuras al interior de esta facción política.

También en el plano de las ideas podemos situar el trabajo de Álvaro Góngora sobre el discurso de las élites acerca del fenómeno de la prostitución. El texto, en función del tema que nos ocupa, resulta muy interesante desde el momento en que aborda un problema hasta entonces prácticamente ignorado por la historiografía. En efecto, si bien los sectores dirigentes han sido analizados desde numerosos ángulos, lo cierto es que los asuntos vinculados con su noción de la sexualidad no habían merecido atención alguna.

Góngora identifica los diferentes discursos elaborados por las élites chilenas sobre las causas y consecuencias de la prostitución, así como las soluciones propuestas al problema que ésta representaba, señalando claramente el derrotero hacia la reglamentación que se terminó por adoptar en el país. En su trabajo, son los médicos, los abogados, diversas autoridades, los intelectuales, en fin, un sinnúmero de sujetos miembros de variadas instituciones, los que conforman las «minorías selectas», hecho por lo demás significativo si consideramos que la mayor parte de las investigaciones sobre ella sólo hacen «hablar» a los próceres, políticos o militares.

Por lo anterior es que, y más allá del tema fundamental, el texto nos permite vislumbrar también el fenómeno de la diversificación del poder de las élites a partir de la creciente complejidad que va adquiriendo la realidad nacional. En el caso que nos ocupa, serán los profesionales quienes, fundamentalmente, generarán el discurso que se identificará como propio de los grupos dirigentes. Lo anterior puede explicar que éste se alejara de las nociones religiosas y de los valores morales, y se concentrara en los aspectos sanitarios y de orden social involucrados en este problema social.

Un proceso similar es el que ilustra Pablo Camus Gayán en *Filantropía, medicina y locura: la Casa de Orates de Santiago. 1852-1894* (Historia, 1993), trabajo que se refiere a la idea que la sociedad, representada por sus élites profesionales, tuvo acerca de la locura en el período estudiado, reflejo a su vez de sus creencias y valores. Al igual que el trabajo de Góngora, muestra la creciente participación de los médicos en la vida nacional y como, por su influencia, las creencias sobre la locura evolucionaron hacia el concepto científico de enfermedad.

El texto de Sol Serrano también constituye, en nuestro concepto, una obra fundamental para conocer a las élites chilenas. Si bien es conocida la preocupación y la labor educacional desarrollada desde los primeros tiempos de la república por las clases gobernantes -incluida la creación de la Universidad de Chile-, no es menos cierto también que, hasta ahora, nadie se había detenido a analizar las razones que explican esta fundación, y menos, situarla en el contexto del proceso de modernización de la sociedad, uno de cuyos elementos es la formación profesional de la élite dirigente.

Ricardo Nazer, por su parte, retoma el tema de la evolución empresarial nacional, en este caso a través de una de las figuras señeras de la burguesía nacional. Pese al tono de crónica del texto, y a diferencia de otros autores, Nazer no se contenta con relatarnos la trayectoria de Urmeneta y sitúa su evolución empresarial en el contexto del desenvolvimiento de la minería cuprífera nacional en particular y de la burguesía en general, explicando el origen de su fortuna, sus numerosas inversiones y la estructura de sus negocios, además de su vida pública y privada, desmistificando, de paso, la figura del destacado hombre público. Sin duda, leyendo esta investigación sabemos más de las actividades empresariales de la burguesía chilena, aún cuando desde el punto de vista interpretativo, no encontremos en ella elementos diferentes de los ya planteados, a nivel general, por Sergio Villalobos en su texto sobre su origen y ascenso.

También en el contexto del mundo del comercio y los negocios debe considerarse el estudio sobre la Bolsa de Comercio de Santiago. El mismo proporciona valiosos antecedentes acerca de los corredores, el carácter de institución gremial de la bolsa y el reconocimiento social que implicaba formar parte de ella. La obra constituye un notorio aporte al conocimiento de las actividades económicas de la burguesía nacional pues, además de la información referida a los sujetos que operaban en la institución, se abordan aspectos referidos a los valores que cotizaban y a la formación y evolución de las sociedades anónimas.

Trabajos como el de la Historia de la Bolsa de Comercio, y algunos otros ya nombrados, forman parte de una historiografía que en las últimas dos décadas ha mostrado un creciente interés por los empresarios, sus variadas actividades económicas y los organismos que los cobijaban. Lo anterior, a nuestro juicio, se encuentra vinculado con el papel que estos agentes económicos y la iniciativa privada en general, comenzaron a tener en el país luego del golpe militar de 1973.

El modelo económico que se impuso en el país, que hizo de la empresa privada el motor de la economía y promovió el espíritu empresarial y a los hombres que lo encarnaban, no es ajeno al interés demostrado por los estudiosos respecto de la burguesía nacional decimonónica y su papel dentro de la economía.

Por otra parte, la atención de los investigadores sobre este objeto de estudio coincidió con el desarrollo experimentado en otras latitudes por la historia empresarial en relación con la evolución del capitalismo, fenómeno que

facilitó, por así decirlo, el trabajo de los investigadores criollos al proporcionarles «modelos» a seguir.

El cultivo de la historia empresarial se ha visto estimulado también por la existencia de numerosas instituciones, cuyo origen data del siglo XIX, que en la actualidad se han visto motivadas por tener sus propias historias. La evolución de diferentes empresas e instituciones gremiales, aparentemente exitosas aunque sólo sea por su existencia centenaria, se ha materializado también en textos de carácter histórico, la mayor parte ellos también historia de élites. De hecho, los mismos son el espejo en el cual se reflejan los éxitos de algunos de sus miembros, sin perjuicio que también nos muestran detalles significativos de sus actividades empresariales en el contexto de la evolución económica y social nacional<sup>29</sup>.

Todo lo dicho confirma la estrecha relación existente entre la historiografía y la realidad nacional, así como los vaivenes a que ha estado sujeta la valoración de al menos una parte de las élites, las que hoy, y por efecto de las coyunturas que vive el país, aparecen evaluadas positivamente, al igual que las políticas que alguna vez aplicaron<sup>30</sup>.

En función de lo anterior, y en razón del proceso político que actualmente vive Chile, no sería raro que en el futuro surgiera una historiografía que vuelva sobre el papel político jugado por las clases dominantes a lo largo de nuestra historia. Las necesidades de una política consensual, en la que prima la estabilidad como requisito del crecimiento económico, así lo exigirían<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Algunas de este tipo de obras, además de las ya mencionadas, son las de María Piedad Alliende, *Los inicios de la industria químico-farmacéutica de Chile. Un caso particular: historia de la Farmo-Química del Pacífico S.A. (1834-1987)* (1988) y *Los comienzos del alumbrado de gas en Chile y los orígenes de la Compañía de Consumidores de Gas de Santiago S.A. 1865-1900* (1990); la de María Angélica Apey, *La Sociedad Nacional de Agricultura* (1990); Patricia Díaz y Héctor Morgado, *La fundición de Guayacán: un hito en la historia económica regional y nacional (1856-1922)* (La Serena, 1985); María A. Lagos, *La Banca, sus relaciones sociales y políticas en el desarrollo político chileno. 1855-1893* (1988); y la dirigida por Sergio Villalobos, *Historia de la Ingeniería en Chile* (1990).

<sup>30</sup> Un buen ejemplo de lo que afirmamos es la obra de Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)* (1990). En ella se sostiene, en el sentido de lo que en los últimos años ha ocurrido en el país, que el modelo de desarrollo hacia afuera implementado por la burguesía nacional en el siglo XIX -sobre la base de las exportaciones mineras- no sólo fue positivo, sino que explica el crecimiento industrial y de la economía nacional en general. Más allá de si se logra probar o no la tesis, el texto constituye un argumento histórico en favor del modelo económico actualmente prevaleciente en Chile.

<sup>31</sup> También cabe esperar estudios sobre diversos aspectos relacionados con las Fuerzas Armadas. Los pocos trabajos existentes se refieren a su orientación profesional, organización e intereses. Recientemente, Sergio Vergara ha estudiado la composición social del ejército chileno en el siglo XIX, véase su obra *Historia social del Ejército de Chile*, Santiago, Universidad de Chile, 1993.

También debería esperarse una mayor atención hacia la historia comparada, tan ajena a la historiografía chilena. La misma necesidad de tener parámetros con los cuales contrastar el papel de las élites locales, así como los procesos de integración que vive el país, justificarían esta expectativa<sup>32</sup>.

### A MODO DE CONCLUSIÓN

Aunque son numerosos los títulos que abordan el pasado de las élites chilenas del siglo XIX, todavía nos sentimos inseguros sobre si efectivamente las conocemos y, principalmente, sobre si existe historiografía que las tenga como objeto de estudio particular.

Creemos que si una valoración semejante se hubiera realizado en las primeras décadas del actual siglo, muy probablemente, la respuestas hubieran sido positivas. Pensamos que para la sociedad de 1910, por ejemplo, la historiografía entonces existente informaba adecuadamente sobre la trayectoria de las minorías selectas. Eran otros tiempos y otras las exigencias que se hacían a la historia.

Sin embargo hoy en día, en que la historia como ciencia ha ampliado notablemente su campo introduciendo dimensiones del pasado humano hasta hace algunas décadas ignoradas por los estudiosos, ¿es posible sentirse satisfecho con lo que se sabe de las minorías selectas decimonónicas chilenas? La respuesta no es fácil, sobre todo si consideramos la cantidad y variedad de fuentes existentes para el conocimiento de las mismas. Probablemente, el intentar una caracterización de la historiografía que de una u otra manera aborda el tema nos pueda ayudar a resolver nuestra interrogante.

Una primera particularidad de ella es que, y salvo los intentos de los trabajos más recientes, los estudiosos no se han ocupado de precisar que entienden por élite. Así ocurre que el término es sinónimo de aristocracia, burguesía, oligarquía, patriciado, «grandes familias», «autoridades», «personajes políticos», «familias más importantes», «altos grupos sociales», «familias influyentes», «grupos dirigentes», «sectores sociales elevados» o «fronda aristocrática». A pesar de lo anterior, y en lo que probablemente sea lo único seguro respecto de ella, los autores la han calificado como «chilena», «local» o «nacional».

<sup>32</sup> En la actualidad, y en el contexto de sus tesis doctoral para El Colegio de México, Juan Cáceres se encuentra estudiando las élites rurales mexicanas y chilenas en el siglo que va entre 1760 y 1860. Su investigación aborda la formación social, económica y política de los sectores terratenientes y su incidencia en la formación del Estado nacional. Elementos como el parentesco y la consanguinidad, sus fortunas y las estructuras de poder que desarrollaron, son los que este investigador espera analizar y comparar. El título de la investigación es *Poder rural y estructura social en Chile y México. Colchagua y Querétaro, 1760-1860*.

Esta élite que indistintamente puede ser la «clase alta», «aristocrática» o «burguesa», también es nombrada como «clase hegemónica», «gobernante», «dirigente», «dominante» o «política». En otras ocasiones se destaca una de sus características y es equiparada a los «grandes propietarios», al «sector industrial», al «grupo burgués» o a la «élite social». También, y en razón de la época que abarque el estudio y la dimensión que de ella aborde, la élite será la aristocracia: tradicional o terrateniente; la burguesía: minera, bancaria o comercial; la oligarquía: pipiola, liberal o chilena o, sencillamente, la plutocracia.

Esta afirmación no impide señalar que pese a la variedad de términos y conceptos utilizados, y aún reconociendo las precisiones que la historiografía más reciente ha realizado, lo cierto es que, en general, los diferentes autores que nombran así a la élite se refieren a un mismo sector, a la clase alta, identificándola esencialmente con el grupo gobernante, incluso con la *nación política* en la expresión francesa.

Otra singularidad de la historiografía revisada es que, hasta al menos la mitad del presente siglo, la historia de las élites nacionales se confundió con la del país, sin llegar a constituir un objeto particular de estudio. En este contexto, y en función de la influencia que tuvo entre los estudiosos la tradición positivista, se privilegió la evolución de las minorías en el poder.

Todo lo señalado, sin embargo, no significa que la historiografía tradicional sobre Chile nos haya proporcionado un acabado conocimiento de las élites. Lejos de lo anterior, ésta, sólo se ha contentado con hacer su «autorretrato político» sobre la base de una vasta recopilación de datos, fechas y nombres de personajes que, fundada en un enfoque positivista cuyo interés es eminentemente político, dió como resultado la crónica de los gobiernos, de los ministerios, de las guerras civiles, de la lucha partidista y del predominio de determinadas ideologías políticas, acumulando una amplia información sobre los altos grupos sociales que, sin embargo, sólo ha permitido conocerlos parcialmente.

La tercera peculiaridad de esta historiografía es la mediatización, en función del presente, de los temas que se abordan. En efecto, si durante casi un siglo ella confundió la historia patria con la trayectoria de las élites, fue porque hasta por los menos 1920 ésta dominó sin contrapeso la vida nacional. Más tarde, cuando las clases altas perdieron el poder y éste pasó a las clases medias, se produjo una historiografía revisionista que, junto con llamar la atención sobre la existencia de una historia nacional que no era necesariamente la de las élites, evaluó negativamente su papel en la evolución republicana, especialmente en función de parámetros como la situación económica y social por la que atravesaba el país en la década de 1950. Por último, cuando la nación ha entrado en una nueva etapa de su evolución histórica, y la economía de mercado o social de mercado como algunos la llaman predomina sin contrapeso, asistimos a la reivindicación histórica del papel económico jugado por la burguesía decimonónica.

Pero, justamente, ha sido esta mediatización la que unida a los avances de

la ciencias sociales y de la historia, justifican una cuarta propiedad de la historiografía sobre las élites chilenas del siglo XIX; el tener como protagonista un objeto de estudio de reciente -y aún inacabada- creación. En efecto, sólo a partir de los años 60 los investigadores iniciaron el estudio de las élites en cuanto tales, como un sujeto de la historia de Chile, superando la tradicional confusión entre historia nacional y de los grupos dominantes. En este marco adquiere relevancia la historiografía extranjera sobre Chile, puesto que son estos estudiosos los primeros en explicitar a estos sectores como objeto de estudio.

Así se explica que sólo recientemente se haya comenzado a diferenciar los grupos existentes al interior de las élites; que exista una mayor precisión en los términos para referirse a ellos, aunque sólo sea en función de las diferentes etapas de su evolución temporal, y que, finalmente, y de acuerdo con las nuevas tendencias de la historiografía, se aborden cada vez más aspectos de su existencia.

En el contexto señalado, creemos que la tardía transformación de las élites en objeto de estudio particular ha impedido un adecuado conocimiento y, sobre todo, la comprensión de su trayectoria histórica. En efecto, si bien los títulos que se ocupan de ella han proliferado en los últimos años, no es menos cierto que la mayoría de ellos se ocupa principalmente de su vida económica, dimensión tampoco suficientemente estudiada. Así, por ejemplo, algunos temas pendientes de investigar se relacionan con los banqueros del siglo pasado y los diversos orígenes de sus fortunas y el universo social de las familias prominentes y sus relaciones de poder.

Pero, justamente el que las élites existan ya como sujeto de estudio debería hacernos pensar que en el futuro el conocimiento que acumulemos sobre ellas irá en aumento, sobre todo si consideramos que existen las fuentes, que las nuevas tendencias de la historiografía así lo requieren y que, además, la situación actual del país lo facilita, especialmente en lo referente a sus actividades económicas.

Lo señalado nos hace esperar investigaciones sobre el papel social que desempeñaron, sus funciones fundamentales y las características de las minorías dirigentes de acuerdo a las diferentes etapas de su existencia. También deberían estudiarse la diversificación y especialización de las élites, sus formas de vida y costumbres, el reclutamiento de sus miembros, sus mecanismos de reproducción, sus lazos de unión y las fuerzas que determinan los cambios en su composición, entre muchos otros.

Trabajos sobre temas como los señalados serán los que permitirán identificar la línea que separa a las élites que ejercen su influencia sobre el conjunto de la sociedad de aquéllas que sólo lo ejercen respecto de un sector de la misma que, como sabemos, es tenue y, en gran medida, depende de su grado de organización.

Así, el conocimiento histórico avanzará de las minorías más fácilmente identificables, como las de los negocios, la política, la militar, la eclesiástica y la de los altos cargos públicos -respecto de las cuales todavía queda mucho

por saber-, hacia el de las élites en las artes y en la vida intelectual, más vagamente delimitadas y, por lo mismo, más discutibles pero igualmente importantes.

Los problemas están planteados y la variedad y multiplicidad de fuentes y restos existentes para el estudio de las élites chilenas del siglo XIX debería hacer promisorio el trabajo de cualquier investigador que se interese en ellas<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> En el contexto señalado, un aporte sustantivo para el estudio de las élites chilenas representará el diccionario biográfico de los miembros de los poderes del Estado que Armando de Ramón prepara.